

Formar para lo que la sociedad necesita

Benjamín Nahoum

Enrique Ortiz afirma que “en los países del Sur, entre el 50 y el 75% de las viviendas y muchos de los componentes del hábitat son producidos y distribuidos al margen de los sistemas de mercado controlados por el sector privado e incluso de los programas financieros estatales”.¹ No el omnisciente Mercado ni el todopoderoso Estado, sino la propia gente -desde luego principalmente la de condición más modesta- es la que hace las ciudades. Sin embargo, las universidades latinoamericanas no preparan a sus egresados para trabajar con y para las mayorías, sino para hacerlo con una élite.

Esto vale para todas las disciplinas y profesiones, pero es particularmente más agudo para aquellas que se relacionan con la producción de objetos materiales. En éstas se pone énfasis en el gran proyecto, en las dificultades tecnológicas, en los desafíos de las propuestas audaces, despreciando lo supuestamente más sencillo y desconociendo que el obstáculo más difícil de superar, por lo general, es el económico.

En Latinoamérica tenemos doscientos millones

de pobres y casi cien de indigentes. Esos son los “clientes” que requieren cubrir el déficit cuantitativo de más de cincuenta millones de viviendas y el déficit cualitativo muchísimo mayor, que constituye uno de los problemas sociales más graves de nuestro tiempo. El Mercado no atiende a estos “clientes” y el Estado oscila entre hacer poco y hacer mal, de modo que las soluciones las debe buscar la propia gente: ocupando, construyendo viviendas precarias, creando el hábitat que pueden, si no el que quieren y necesitan.

Ahora la Academia llama *Producción Social del Hábitat* (PSH) a la que es generada directamente por la población, sin participación del Estado o el Mercado, o sea cuando las decisiones (las que pueden tomar) corren por cuenta de los propios interesados. Esto existió siempre hasta ahora, porque siempre hasta ahora hubo que buscar soluciones que la formalidad no brindaba. Y seguirá existiendo mientras esa situación persista: es más, el resultado de la PSH es tanto más notable, cuantitativamente, cuanto más inacción hay del Estado y el Mercado.

Pero producción social del hábitat es sólo una de las formas de producción del hábitat para los sectores de bajos ingresos; existen y deben existir otras, con otras modalidades, que

también necesitamos conocer, porque también pueden aportar soluciones y porque también consumen recursos. Los funcionarios públicos en sus oficinas, los empresarios en sus empresas, también hacen vivienda para esos sectores, y el resultado puede ser mejor o peor según la forma que ello se encare.

Por otra parte, la PSH puede ser individual o colectiva, y en esta última modalidad nuestro país tiene una rica experiencia: la del cooperativismo de vivienda, de ayuda mutua y de ahorro previo. Cada una de esas dos vertientes tiene sus especificidades, y la colectiva, potencialmente mucho más rica, es también mucho más compleja, en tanto implica organización de grupos humanos. Nuestra Universidad está hoy día discutiendo mucho más estos temas y comienzan a enseñarse en opcionales, seminarios, o actividades de posgrado. Pero todavía hay una importante deuda pendiente con un sistema que es nuestra marca de identidad a nivel internacional.

Todo lo dicho es lo que hace que la tarea “simple” de producir viviendas populares sea en realidad muy compleja y un verdadero desafío para las profesiones involucradas (las ciencias sociales, la arquitectura, la ingeniería, el derecho, la economía); el desafío de que las solu-

¹ “Producción social de vivienda y hábitat: bases conceptuales para una política pública”, en “El camino posible. Producción Social del Hábitat en América Latina”, trabajo colectivo de diecisiete viviendistas latinoamericanos, Centro Cooperativo Sueco-Editorial Trilce, Montevideo, 2012.

Autoconstrucción de vivienda.
Fuente: FUCVAM

COVIREUS. Cooperativa de
Viviendas por ayuda mutua.
Fuente: Centro Cooperativista
Uruguayo

ciones para los pobres no sean pobres, como reivindica Jorge Di Paula. Porque, ¿dónde hay que poner más imaginación y capacidad: para construir cosas sofisticadas con muchos recursos y tecnología, o para contribuir a producir viviendas populares con lo que nos dejan?

En materia de la ciencia y el arte de la construcción, en particular, ese desafío se abre en un abanico de otros múltiples, que atañen a las tecnologías y los procedimientos constructivos; a la funcionalidad de las tipologías; al tratamiento de los espacios públicos; a la mejora de calidad por la optimización del proyecto.

En el caso uruguayo, el rol de la Universidad, asignado por su Ley Orgánica, la mandata a investigar, asesorar, formar e informar, y opinar. Y éstas son tareas en las que, a nuestro juicio, en el tema de la vivienda de los sectores de bajos ingresos, aun cuando se han dado pasos importantes (como, en la Facultad de Arquitectura, la creación de espacios amplios de interdisciplina, como la Comisión de Vivienda Social o el Comité HABITAhABILIDAD), no se está cumpliendo aún adecuadamente con lo que se necesita de la Universidad.

La vivienda de las mayorías -la *vivienda popular*- no es sólo un problema de arquitectura o





COVITRA, Maldonado. Autor:
Alvaro Moreno. Cooperativa
de Viviendas por ayuda mutua.
Fuente: Centro Cooperativista
Uruguayo

de construcción; no es sólo un problema social, económico o jurídico: es un complejo asunto en que todas esas cosas se imbrican y se convocan mutuamente. Y como todas esas disciplinas hoy son demasiado complejas para que alguien pueda saberlo todo, no hay más alternativa que trabajar en equipo, no hay más formato que el multidisciplinario.

Otra discusión posible, si acordamos que la Universidad no puede dejar de lado la enseñanza de estos temas, porque la sociedad lo necesita, es si esa enseñanza es materia de grado o de especializaciones de posgrado. En lo personal, nos inclinamos decididamente por la primera opción: no por la concepción enciclopedista de que la Universidad deba enseñarle todo al egresado (hoy no se puede hacer más que enseñar a aprender nuevas cosas), sino porque parece sensato tomar como base para desarrollar el

conocimiento lo que más se necesita y lo que más se hace; no tratar en el grado lo que va a hacer uno de cada cien técnicos y en el posgrado lo que van a hacer dos de cada tres, sino exactamente al revés.

Preguntas abiertas, a las que debemos dar respuesta. En diálogo con la sociedad, a la que nos debemos.